CAMILA FLORES

OPERACIÓN DEGIÑ

LA TRAMPA DEL DIABLO



Áurea Ediciones

CAPÍTULO 1

Ren estaba durmiendo cuando la primera bomba cayó. Su sueño infantil fue interrumpido por un fuerte estruendo y el brusco movimiento del suelo. Los vidrios de las ventanas se volvieron peligrosos fragmentos y las luces parpadearon hasta apagarse. Fue como si realmente hubiese sido la tierra la que liberaba energía, cuando en realidad había sido un pesado verdugo que habían dejado caer desde el aire.

Abrió sus ojos con miedo y se levantó de la cama, tocándose manos y piernas, temiendo que alguna de sus extremidades se hubiese lastimado, como solía hacer cada vez que despertaba de una pesadilla, y su madre entró al dormitorio en penumbra y la levantó en sus brazos. Ren estiró su mano justo para tomar uno de sus juguetes que descansaban en una repisa junto a la puerta antes de ser recogida por su madre, que corría hacia el corredor en busca de su esposo y su hijo mayor que las esperaban en la puerta de la casa.

El suelo se movió con fuerza luego de una segunda detonación y todos los objetos se tambalearon en un preocupante vaivén. Algunos cuadros y parte de la decoración cayeron

con estrépito y una alarma sonó después del impacto. Ren no entendía por qué las alarmas seguían sonando luego de la caída de las bombas, pero Tomás, su hermano mayor, le había dicho que oírlas servía para recordar que seguían vivos, algo que para ella era difícil de entender.

—¡Corre, Miranda! —gritó un hombre joven, de treinta y cinco años, que sostenía varios bolsos llenos de sus pertenencias más importantes en su espalda y examinaba con desesperación un manojo de llaves en sus manos. Sabía cuál necesitaba, pero los nervios lo hacían actuar con torpeza.

A su lado esperaba un chiquillo de quince años, quien se aferraba nervioso al marco de la puerta. Tenía puesta una mochila estilo militar y un bolso de deportes colgando de un brazo en el cual se observaba la insignia de su escuela y su nombre bordado. Era el único de los cuatro que no estaba usando pijama. El único que desde que había comenzado la guerra había dejado de usarlos.

Cuando Miranda y Ren llegaron junto a ellos, el hombre levantó frente a sus ojos una llave plateada y se acercó a la puerta. En cosa de segundos ya estaban los cuatro fuera de la casa, viendo cómo sus vecinos corrían bajo el cielo nocturno y cómo a lo lejos un gran hongo de fuego rojo incandescente se elevaba hacia el cielo y se fundía con las nubes negras de una posible tormenta. O del humo de los incendios forestales. Probablemente ambas cosas.

—Al jeep, rápido —dijo el hombre, tratando de disimular lo mejor posible el miedo que sentía. Según sus cálculos, la bomba había sido detonada a veinte kilómetros o más desde donde se encontraban y, por suerte, no era atómica. Aunque eso no significaba que estuvieran fuera de peligro. El cielo nocturno se veía completamente negro y era imposible oír si se acercaba otro avión con el ruido que había en

el ambiente. Lo mejor que podrían hacer era huir rápido, al menos así estarían haciendo algo si una tercera ojiva los alcanzaba.

—¿A dónde iremos, papi? —preguntó Ren, mientras Miranda la ayudaba a subir al asiento trasero del Land Rover negro.

Su padre no contestó, tampoco su madre ni su hermano. Todos ya tenían los bolsos en el auto, tirados de manera descuidada y sin otra preocupación que ponerse a salvo. El hombre aceleró a toda velocidad, haciendo que las ruedas quedaran marcadas en el pasto amarillento del jardín, antes de que se unieran al contacto frío del pavimento. Ren apretó contra su pecho su pequeño juguete: un dinosaurio de plástico al que le faltaba parte de la cola y trató de ignorar el sonido de la sirena que cada vez se hacía más lejana, el aire contaminado de humo y ceniza que manchaba ligeramente los vidrios del auto, los gritos de los que alguna vez habían sido sus vecinos y la luz roja que iluminaba el camino que dejaban atrás.

CAPÍTULO 2

Ren trató de recordar cómo había sido la vida antes del Cataclismo Blanco, pero no era capaz. Solo tenía tres años cuando comenzó y, por más que se esforzaba, no podía recrear las escenas vividas cuando era poco más que un bebé. Su hermano solía hablarle sobre aquellos tiempos cuando se hallaba de buen humor, cosa que cada vez era menos frecuente. El resto de la comunidad ni siquiera lo mencionaba. Les parecía masoquista soñar con algo que ya no volvería. Masoquista e inútil. ¿De qué servía el pasado si apenas controlaban el presente y temían por el futuro? Ren no compartía su filosofía, pero la contradecía en silencio, o cuando podía estar a solas con Elo o Wade.

Las nubes más bajas lucían anaranjadas con los últimos rayos de sol, mientras que las más altas variaban del morado grisáceo al negro azulado en un degradé interrumpido por las altas copas de los árboles del bosque. Ren estiró el cuello para ver mejor las últimas tonalidades que tomaban las cosas, antes de que el sol se despidiera hasta el día siguiente. Con el último rayo dorado, desapareció la capa brillante del

verde oscuro de las hojas, el marrón profundo de los troncos, el amarillo verdoso de la nieve derretida y el castaño acaramelado de su cabello oscuro. Ahora todo había vuelto a ser gris y opaco. Aparentemente sin vida como imagen corpórea de la tristeza y la desolación.

Se acomodó en la piedra en la que estaba sentada y arregló su bufanda de lana —la que alguna vez había sido negra— sobre su cuello, tapando su boca y nariz del frío de la noche. El grupo de caza aún no volvía, cosa extraña de ellos, ya que nunca retornaban a la comunidad después de la puesta de sol. Ren se revolvió incómoda y dio golpes rítmicos con la suela de su bota en el suelo. Jugó a formar rizos con su pelo que se disolvían nada más los soltaba y contó las pocas estrellas visibles, hasta que la confundieron las más pequeñas que aparecían de repente. Pero el grupo seguía sin aparecer.

—¿Ren? —oyó llamar a una vocecilla infantil—. ¿Hermana? —repitió la voz, esta vez más cerca.

Ren no contestó. Decidió quedarse callada y muy quieta, esperando a que Tomás, su hermano menor, el cual había nacido años después del escape, se diera cuenta por sí solo dónde estaba. Así aprendería mejor a movilizarse por el bosque, captando de manera autónoma signos y señales naturales que lo ayudaran a encontrar lo que buscaba. Y así fue: Ren se había callado, pero de alguna manera su presencia se hizo notar y Tomás pudo notarla. Se acercó con premura y la abrazó del cuello.

—¿Y el equipo de caza? —preguntó.

Ren lo miró con tristeza y suspiró.

—No lo sé, ya deberían estar aquí.

Ray, su hermano mayor, era quien lideraba al grupo de seis hombres que día por medio se internaban en las pro-

fundidades del bosque y la montaña, buscando qué cazar. Salían después del mediodía y volvían antes del atardecer, con las alforjas lo suficientemente llenas para alimentarlos a todos y guardar un poco para el invierno. Ray tenía una naturalidad increíble para entender la naturaleza, por lo que era el adecuado para encabezar las labores de caza, recolección y expedición. Tomás admiraba su entereza, valentía y astucia, pero Ray no le hacía mucho caso. Nunca estuvo contento con la noticia de que sería hermano por segunda vez. "El mundo no está en condiciones de alojar a más personas", había dicho cuando se enteró. "Incluso antes de la guerra tener a un niño no era una bendición". Ren compartía su pensamiento, aunque adoraba a su hermano pequeño, pero se había jurado a sí misma no tener hijos, hasta que la situación mejorara, si es que alguna vez lo hacía. Por suerte Wade pensaba de la misma manera. Recordar a Wade la hizo suspirar y le devolvió el abrazo a su hermano.

Hacía cada vez más frío y faltaba poco para que fuera necesario encender sus linternas. Si se oscurecía demasiado, quizá tuvieran problemas para regresar, aunque no podía saberlo con exactitud, ya que nunca había estado en el bosque de noche. Estaba prohibido. Para ella, para todos.

—¿Wade está con ellos? —preguntó Tomás, zafándose de los brazos de su hermana para acomodarse el gorro de montañés que llevaba en la cabeza. Ren asintió y se mordió el labio.

—Ray, Wade, Jon, Al, Nico y Will —dijo contando con los dedos—. No entiendo por qué se tardan tanto.

Todos los nombres eran así, no más de dos sílabas. Si tenían tres o más, se dejaba el diminutivo o el sobrenombre. Aunque había excepciones: los ingenieros, médicos y profe-

sores ancianos, aquellos que habían fundado el Refugio con su dinero e ingenio. Pero para los demás, el apodo ahorraba tiempo valioso a la hora de escribir o de comunicarse. Un segundo menos era un segundo más. En un mundo en pleno caos se necesitaba precisión y eficiencia en lo que se hacía. De hecho, su nombre real era Renata, y luego de varios cambios decidió que se quedaría con Ren, ya que era lo suficientemente corto y denotaba madurez, mucho más que Rani u otros similares. Su hermano Ray solía llamarse Raimundo y su amigo Will se llamaba Guillermo. El único en toda la comunidad que tenía un sobrenombre aparte era un anciano extravagante, al que llamaban El Cosaco. A Ren le agradaba, aunque nunca había entendido bien lo que decía; tenía la extraña costumbre de mezclar los idiomas como el ruso, ucraniano y otros tantos cuando quería hablar. Sabía escuchar y entender el castellano, pero no quería que los demás supieran escucharlo. Quizá así se ahorraba explicaciones que no quería dar.

—¿Wade, te gusta? —preguntó Tomás con una sonrisa inocente. El gorro demasiado grande y bastante desteñido, más el abrigo abultado color caqui y la bufanda de lana roja le daban un aspecto divertido y adorable, por lo que Ren no tuvo más que sonreír antes de morderse el labio nuevamente y asentir. Quizá gustar no alcanzaba para describir lo que sentía por Wade, pero no iba a tratar de explicárselo a Tomás, quien solo tenía cinco años. Y ella ya había cumplido los dieciocho. Y Ray los treinta… El tiempo pasaba demasiado rápido.

Los pensamientos de Ren se detuvieron cuando oyó a lo lejos un motor acercarse. Se puso de pie con rapidez, ansiosa. El copiloto, Jon, la saludó a través del parabrisas con una escueta señal de manos, que Ren interpretó como

potenciales malas noticias. El que manejaba era su hermano y ni siquiera la miró. Se hizo entonces a un lado para dejarlos pasar.

El jeep avanzó con cuidado y con las luces interiores apagadas, por lo que Ren no pudo ver qué o quiénes venían adentro. Cuando el vehículo dio la vuelta y desapareció entre el follaje camino a la entrada de la comunidad, Ren y Tomás caminaron de la mano tras de ellos, hasta entrar en la comunidad nuevamente, asegurándose de que el portón automático quedara completamente cerrado.

Antes de seguir avanzando por el túnel, Jon bajó del auto y caminó hacia la pareja de hermanos con una mueca intranquila en su cara morena. Los demás siguieron sin él. Físicamente, Ren y Tomás eran iguales a su hermano mayor, quien podía tolerar cualquier tipo de mala noticia con la frente en alto y la mente fría. Jon sabía que los dos chicos ante él seguían siendo solo unos niños. Les tenía cariño a ambos y por eso quiso ser él, quien les informara la situación.

—Ren, Wade tuvo un accidente —anunció Jon, rascándose la nuca—. Fue atacado por una bestia.

Tomás se aferró a la mano de su hermana con fuerza y esperó a que contestara. Sabía que ella soportaba las malas noticias con resiliencia, pero sospechaba que tendría sus límites, y temía que esa fuera la gota que rebalsara el vaso.

—¿Está vivo? —masculló mientras el color se le iba de las mejillas y el aliento se le escapaba de los labios.

Jon asintió. Ren siguió a Jon por mera inercia. Wade había sido atacado. No por un animal, como un puma, un lince o un oso… No. Jon había sido claro en cierta forma. Había sido atacado por una bestia. O sea, una hija del Cataclismo Blanco. Ren no quería ni imaginarlo, ya no estaban